

## Notas sobre un olvido intencional

# Octavio Paz y Jorge Cuesta

Jorge Volpi



“Jorge Cuesta”, escribe Octavio Paz en el epílogo la segunda edición de *Laurel* (1982), “comprendió a la poesía mejor que nadie y su crítica –la escrita y, *sobre todo*, la viva que prodigaba en sus conversaciones– iluminó a todos los que fuimos sus amigos. *Sus mejores obras están en los versos de los que lo escuchamos*” (los subrayados son míos).

Con este solo párrafo podría resumirse la –ambigua relación que Paz ha mantenido hacia Cuesta a lo largo de los últimos años. Siempre resulta difícil juzgar los sentimientos de las personas a través de sus testimonios escritos, y aún más al momento de indagar en la dimensión de los afectos surgidos entre dos hombres que son ya no sólo leyendas, sino personajes indisolubles de nuestra literatura, sin embargo parece apropiado realizar una somera pesquisa de los singulares afectos surgidos entre estas dos figuras. La discusión bien podría ser apuntada en una visión psicoanalítica del “olvido” al que Paz ha relegado la obra de Cuesta, pero ninguna esquematización podrá salir bien librada en el análisis de la *nove la familiar* existente entre los dos críticos y poetas.

El propio Paz se ha encargado de proporcionar todas las pistas –ciertas o falsas– respecto a su relación con Cuesta, mientras que el único documento escrito que poseemos de este último sobre el primero es una reseña sobre el libro del joven poeta. Del grupo de Contemporáneos –rememora Paz–, Cuesta fue a quien primero conoció; de hecho, el *vizconde miramechueco* fue quien se interesó por el alumno de la Escuela Nacional Preparatoria y quien lo presentó con el resto de sus amigos en el restaurante *El Cisne* durante una especie de ceremonia iniciática descrita por Paz con exuberante emotividad. Poco más tarde, Cuesta publicó el primer comentario crítico –cuidado y elogioso– sobre *Raíz de hombre*. A partir de ahí Paz consolidó su amistad con el “grupo sin grupo” en pleno –especialmente con Villaurrutia y Novo– y

comenzó a asistir frecuente-mente a las reuniones que, en diversos corrillos, llevaban a cabo los intelectuales de la época. Si bien Paz reconoce que Cuesta era un hombre distante, fue durante esas charlas de café –en medio de la brillantez de sus juicios– en las cuales se forjaron los versos de los que lo escuchaban, es decir, lo que el premio Nobel llama “lo mejor” de la obra de Cuesta.

Varias son las cosas que saltan a la vista en esta comparación inicial entre la forma en que se estableció la amistad entre Paz y Cuesta y en el tratamiento subsecuente hecho por el segundo de la vida y la obra del primero. En principio se advierte la admiración y la gratitud de Paz hacia el lúcido crítico que lo vinculó con el grupo dominante de las letras mexicanas de entonces. Ante la posterior caída y degradación de Cuesta –imágenes profundamente alejadas y perturbadoras de la racionalidad paciana–, el poeta reacciona, no obstante, con dos magníficos sonetos que dedica a la memoria del suicida: “Y nada queda sino el goce impío/ de la razón cayendo en la inefable/ y helada intimidad de su vacío”, escribe en uno de ellos.

Sin embargo, como hemos mencionado ya, Paz se encarga de eliminarlo de las antologías *Laurel* –realizada, por añadidura al lado de Villaurrutia– y *Poesía en movimiento*. Y, como si no bastara, se disculpa con lo ya tantas veces repetido de que lo mejor de la obra de Cuesta se encuentra en los versos de quienes lo escucharon. Pero, ¿es esto realmente cierto? Desde mi punto de vista no me quedan muchas dudas respecto a que Paz es un poeta mucho mayor que Cuesta, tanto por la amplitud de sus temas como por la sensibilidad y la técnica. Cuesta renovó, en muchos sentidos, la forma soneto, la llenó de una profundidad que pocas veces había sido escuchada en México, y posteriormente escribió uno de los poemas más enigmáticos y perfectos de la lengua castellana, el *Canto a un dios mineral*: gotas de lucidez e inteligencia sin límites esparcidas –sin aparente emotividad– a lo largo de sus páginas; la obra de Paz, en cambio, se abre como una poética global capaz de adentrarse en los más diversos problemas, el conocimiento y el erotismo, el amor y la muerte –los “grandes temas” de todos los grandes poetas–; lo que en Cuesta es atisbo, en Paz es explosión, lo que en Cuesta altura eneguedadora, en Paz cálida luminosidad paradisíaca. ¿A qué viene esto? A que los mundos poéticos de ambos apenas se comunican, sus afinidades son pocas y la influencia de Cuesta en el Paz poeta es mínima en comparación con la de otros tantos poetas de su generación, por no hablar de otros de sus amigos.

Lo anterior da la impresión de un cuadro incompleto o, más bien, de nuevo, de una *novela de familia* en la que existe un elemento eludido, un episodio oscurecido a la fuerza, olvidado a propósito. Poco importa que Cuesta no haya aparecido en las antologías preparadas por Paz: el olvido realmente significativo es otro.

Al morir en 1942, Cuesta solamente había publicado dos libelos: *Crítica a la reforma al artículo tercero* y *El plan contra Calles*, decenas de ensayos literarios y políticos y unos cuantos poemas esparcidos en diferentes revistas. Pero, como ha señalado Guillermo Sheridan, fue nuestro primer “intelectual moderno”, es decir, un hombre preocupado no sólo por los vuelos de su poesía –como Villaurrutia o Gorostiza– sino por los cambios políticos y sociales de México y el mundo. No un político disfrazado de poeta como Torres Bodet o un acomodaticio burlón de nuestra clase gobernante como Novo, sino un intelectual comprometido con sus ideas y con el análisis despiadado de la realidad que lo circundaba. Este Cuesta es el que ha sobrevivido –y con creces– en Octavio Paz, virtualmente su único heredero.

El pensamiento político de Paz, o acaso sería mejor decir su manera de acercarse a los problemas políticos y sociales, proviene directamente de Cuesta. Ningún otro de los miembros de Contemporáneos –Samuel Ramos incluido–, ni siquiera Vasconcelos o los demás miembros del Ateneo de la Juventud, desarrollaron una impronta tan sólida en Paz en este sentido como la que dejó el escritor veracruzano. La figura emblemática de Cuesta como intelectual y poeta, como crítico literario y político, es la que ha sido ambigüamente camuflada por Paz. Pero, después de todo, el proceso resulta lógico: algunos dirán que es Zeus matando a Cronos y luego alimentándose de él, otros se referirán a la maquinación freudiana del parricidio primitivo: poco importan las metáforas, la realidad es que para convertirse en el intelectual más importante que México ha tenido en este siglo, Paz necesitó absorber cuanto pudo de Cuesta, pero no de su poesía, sino de su inteligencia crítica y analítica, y luego lo hizo a un lado para tratar de ocultar su memoria. Método infalible al que sólo se arriesgan los grandes, y Paz lo logró.

Ahora sólo nos queda a nosotros, los críticos, los lectores, rescatar la obra de Cuesta –la que ha sido olvidada intencionalmente por Paz cuando se dedica a elogiar, *sobre todo*, sus conversaciones–, pero no como antecedente, sino como realidad, no como curiosidad bibliográfica sino como pieza fundadora de la modernidad que para nosotros está representada justamente por Octavio Paz.